



**ELMER  
RIDDENSKJRIK**

**OSROOS**

# Ogros

Elmer Ruddenskjrik

OGROS

Copyright 2016 Elmer Ruddenskjrik

*Para Alma.  
Y ahora, que comience la función...*

## **Ogros**

Érase una vez un pequeño reino de bosques y ríos donde las personas eran tan escasas y raras como las criaturas mágicas en otros lugares. Cuanto por allí moraba antaño no pasaban de ser los animales silvestres viviendo en armonía, o en toda la armonía, mejor dicho, que puede darse entre depredadores y presas. Pero en un extenso claro, de donde los árboles fueron pacientemente arrancados, se levantaban apretadas las cabañas que se extendían en gran número hacia el oeste en torno a un sencillo pero sólido castillo sin murallas. Todo estaba construido en piedra, incluso las cabañas más humildes, la roca unida a la roca mediante una mezcla seca de tierra y mierda de ganado, además de algún ocasional escupitajo.

La gente, que era lo que allí se había establecido, vivía muy contenta, quizá mejor decir aliviada, y bastante agradecida respecto al señor del castillo, y por consiguiente, a su familia. No en vano había sido él, el que, tiempo atrás, había tomado la determinación de usar sus fuerzas para llevarse a esa gente y sus familias, además de algunos de sus enseres, con su peligro añadido, muy lejos de aquellas tierras azotadas por los ataques atroces de los infames ogros. Su sola fuerza y determinación eran lo que les había abierto camino entre las huestes invasoras, lo que les había animado a luchar primero y a trabajar después, a enfrentar el frío, el miedo y el hambre durante el largo viaje que les había llevado hasta aquellas fértiles tierras. Y por mucho tiempo, pues entonces las personas vivían demasiados montones de décadas, el reinado benevolente y placiente, casi inapreciable por inofensivo e innecesario, del gran rey de tan pequeño reino, fomentó la prosperidad de su pueblo, gracias precisamente a no pretender en ningún momento tomar parte y beneficio de los esfuerzos de su población.

Por un tiempo el rey tomó la vida común de sus voluntarios súbditos; bien ganada se la tenía, así como el reposo y la comodidad que traían consigo una vida familiar cuya carga era compartida con mayordomos y sirvientes que proliferaban por el pequeño castillo, todos orgullosos y satisfechos de honrarle con sus servicios. El antiguo héroe fue feliz así un tiempo con su mujer y sus hijos, pero no tardó demasiado en generarse una oscuridad allí donde primero había ido haciéndose un vacío, dentro, muy dentro de su poderosa alma.

El rey era un hombre ya mayor, pero no viejo, y todas sus grandes capacidades aún bramaban por ser desatadas. El antiguo héroe añoraba sin saberlo los lejanos, largos y caóticos años de brutal batalla contra los feroces ogros de su nativo país, el constante peligro y la frugalidad de una vida que simplemente buscaba saciar los apetitos más primordiales, cuando la satisfacción de la necesidad era en sí misma la mayor y más lujosa de las recompensas. Toda la energía mítica de su voluntarioso ser se derrumbó lentamente sobre él con el pasar de las lentas décadas, sumiéndole en la hosquedad muy poco a poco, de una manera tan gradual que ni siquiera su esposa notó el cambio. Simplemente llegó a ella la certeza de que no aguantaba a su marido, que su sola

presencia la entristecía como si fuera un nubarrón de tormenta con patas, y no guardaba ni quería guardar el recuerdo de tiempo anterior y feliz a su lado.

De este modo y a raíz de los sinceros testimonios del ejército de sirvientes, que poco a poco fueron abandonando sus trabajos con los años debido al hastío ante el difícil carácter del rey, debido a su olor y aspecto (pues fue dejándose durante cada vez más largos periodos en sus aseos), y algunos incluso aterrados por su oscura mirada y gutural transformación de la voz, no pasó tanto que los agradecidos súbditos tomaron en sospecha y recelo sus sentimientos hacia el antiguo héroe. Y al tiempo, como para darles la razón, aquél pasó de prácticamente no salir nunca del sencillo castillo a hacerlo con asiduidad y exclusivamente por las noches. Abandonaba al principio los límites del pueblo para perderse en la oscuridad del inofensivo bosque durante horas, y aquellos que trasnochaban y lo veían escabullirse entre las callejuelas pudieron dar testimonio de su terrible aspecto y lo deplorable de su actitud: buscando la sombra, evitando toda luz que asomara tímida de los ventanucos de las casas y huyendo de aquellos ciudadanos que portaran focos de velas para iluminar su paseo. Corrían dimes y diretes sobre la clase de actividades para las cuales buscaría de tal manera el rey la soledad y las tinieblas, y lo que empezó como suspicacia se fue tornando despacito en temor de un sabor antiguo, que habían olvidado.

Pero ese miedo pronto se convirtió en ira tumultuosa, cuando apareció ultrajada y apaleada una de las más bellas de las jóvenes hijas de la comunidad. Las gentes del pueblecito asaltaron por la mañana el castillo, sabiendo que el héroe había trastocado sus hábitos hasta el punto que ya pasaba los días a escondidas en sus aposentos; y ante el horror de su esposa, y el asombro de sus dos pequeños hijos, el rey corrompido fue sacado a la luz para después ser ajusticiado en la plaza ante el castillo. Un sordo clamor de indignación se esparció por las gargantas de la gente al ver entre ellos, despojado de sus harapos reales, a un auténtico ogro de sus tierras natales. Enseguida alguien gritó que el viejo rey debía haber sido envenenado hacía tiempo durante las batallas, y que de esa manera se habría contaminado y convertido en esa masa de costra dura y pelo negro y abundante por todo el cuerpo, de sonrisa amarillenta y torcida, de mirada inyectada en sangre y brillante en la penumbra, pústulas de carne infectada y supurante abultando su pelaje aquí y allá... Aquellas gentes no sabían que los ogros en realidad no habían sido otra cosa que antiguos hombres cuya extraordinaria voluntad se había tornado vil por distintos motivos, y que eso mismo le había ocurrido a su rey y héroe ahora frustrado.

El ogro fue golpeado con toda clase de instrumentos de trabajo y piedras, antes de ser arrojado aún moribundo sobre la leña ardiente de una gran hoguera prendida para la ocasión. Su esposa e hijos fueron entonces señalados por los exaltados pueblerinos, y alguien declaró en favor de la mujer que tan sólo había sido su esposa, y en realidad una infortunada desgraciada, pero que los hijos sin duda llevaban en su sangre el veneno que les haría ogros algún día, y que había que defenestrarlos. La misma voz que proclamó eso se tornó vacilante e insegura al ser replicada por aquellas que le sugerían entonces que su mano fuera la que diera la preventiva muerte a los pequeños. De nada sirvieron los gritos de protesta de la madre, que se vio sujeta por una multitud de brazos que la alejaban con dificultad de la plaza donde se debatía la suerte de sus niños.

Finalmente, comprobado que pese al brutal asesinato comunal del Rey Ogro nadie sentía ya la suficiente ansia de sangre como para acabar con la vida de las inocentes criaturas que les miraban con ojos aturcidos y enrojecidos por el sollozo, se decidió que

lo mejor era "exiliarlos". Y a este fin se le encomendó al más fuerte de los hombres, que no era otro que un benevolente y apesadumbrado herrero, que metiera a los niños en un saco y los llevara lejos hacia el sur, hacia lo profundo del bosque, y que, de convertirse en ogros, hicieran si podían vida allí, muy lejos de las personas decentes.

De modo que el herrero se hizo con el saco que tenía ya los niños dentro, el hijo e hija del rey muerto depositados con cuidado en ello por algunas de las mismas manos que habían lanzado al fuego a su padre. Y salió esa misma tarde a buen paso, y recorrió una gran distancia durante la noche, y no dejó de caminar hasta que los primeros rayos de sol conseguían culebrear tímidamente entre los infinitos troncos de árboles que conformaban el desconocido bosque, todo el tiempo lamentándose por todo lo ocurrido con el rey y maldiciendo la mala suerte de los niños. Finalmente se detuvo y se bajó del hombro el saco, lo abrió y dejó salir a los pequeños, que parpadeaban confundidos al ver de nuevo la luz. El herrero los miró con gran melancolía un momento y, tras suspirar sonoramente, se forzó a darse la vuelta y hacer el camino de vuelta corriendo. Y allí, desconsolados, aterrorizados, inválidos y solos quedaron los hijos del Rey Ogro, y por muchos años el pueblo quiso olvidar que existieron siquiera.

Pero había alguien que no olvidaba. La madre de los exiliados enfermó la misma noche que se los llevó el arrepentido herrero. Al principio, algunas gentes se turnaron para cuidar de sus fiebres de locura en sus aposentos del castillo, bastante abandonado al polvo y el desorden desde que el rey empezara a ser ogro. Sin embargo, el desconsuelo de la mujer se volvía de pronto irrefrenable furia, y si bien no era comparable con la que podía manifestar un ogro, su violencia tanto verbal y física llegaba a ser tal que poco a poco todos fueron espaciando sus visitas, y obviando por completo su cuidado. Llegó el momento en que todos siguieron con sus vidas ordinariamente, tal y como eran las cosas cuando el rey seguía vivo y sano, (pues no era necesario entre esas gentes ninguna clase de gobierno ni justicia que mediara entre ellos); pronto también olvidaron a la loca madre de los exiliados, la única pieza suelta y disfuncional de la pequeña sociedad. Y así pasaron unos pocos años más de absoluta tranquilidad tanto en la vecindad como en las conciencias de sus habitantes.

La calma esta vez desapareció de manera abrupta, no en la forma gradual de una persona familiar cuyos modales se van degradando... Una mañana apareció muerto un joven aprendiz de panadero, en la linde con el bosque poco más allá de donde estaba la última casa del pueblo hacia el sureste. Nadie recordaba tal violencia, de tanto tiempo que había pasado desde que dejaran las tierras de los ogros. El muchacho estaba completamente desfigurado como de haber sido apedreado en la cabeza durante horas, y parte de las entrañas habían resultado desgarradas y perdidas, quizá sustraídas por alguna especie de bestia hambrienta. Un gran revuelo se desató, la gente estaba muy asustada, especialmente por el bienestar de los niños y jóvenes, que usualmente jugaban en las proximidades del gentil bosque. Pese a las precauciones que se tomaron, se sucedieron los encuentros con más ciudadanos asesinados de distintas maneras, a cuál más brutal, y lo que se suponían ataques nocturnos pronto pasaron a ser a plena luz del día, de los que numerosos testigos pudieron dar buena cuenta. Una criatura humanoide de palidez lunar e insalubre flacura, indudablemente provista de vestigios femeninos, incursionaba en el poblado con sorprendente sigilo y ejercía sus matanzas con una fuerza insospechada, valiéndose de las largas uñas ponzoñosas de sus manos y de la afilada dentadura, que era cuanto habían podido distinguir entre los mechones oscuros y pegajosos de su negra y

larga melena.

El consejo de sabios del pueblo, que no era tal en realidad, sino más bien todos aquellos que se sentían resueltos a esas alturas como para enfrentarse al nuevo horror, decidió en una asamblea vespertina celebrada en la plaza ante el viejo y deshabitado castillo y aderezada con un banquete de pastas y bollos dulces regados si se quería con un aromático té de hierbas autóctonas (lo cual no fue reclamo suficiente para demasiados conciudadanos a la hora de tratar el tema), decidió que, en vista de que no parecía haber manera de enfrentarse a la escurridiza y poderosa criatura, lo mejor sería montar una alta muralla de troncos alrededor del poblado, con una única puerta que se abriría sólo cuando fuera necesario acceder al bosque por alguna razón.

Un joven al que muchos tenían por un bueno para nada mientras que él era de la opinión de que era de los más listos del pueblo, se quedó mirando al viejo castillo abandonado largo rato mientras los demás pormenorizaban los detalles de la próxima obra. Masticaba con verdadero cuidado uno de los bollos dulces, saboreándolo bien, y pensó enseguida en algo que así puso de manifiesto:

— ¡Escuchadme todos! —Hizo una pausa para acabar de tragar un bocado y aclararse la voz— ¡Escuchad, escuchadme bien! ¡Que voy a decir algo! Acabo de recordar que, siendo yo aún un niño, la gente había llevado a descansar al viejo castillo a la madre de los niños esos que se iban a convertir en ogros...

— ¿Y qué? —rugió una señora escupiendo buena parte de una pasta que tenía en la boca.

El joven se quedó mirando a la mujer inquisitivamente, algo asqueado al verle los morros sucios de migajas pastosas de saliva. Reprimió la tentación de llamarla al orden como ejemplo para cualquier otro que tuviera intención de volver a interrumpirle, y reanudó su discurso.

—Pues... ¿no sería bastante lógico pensar que esa mujer, de la que todo el mundo pareciera haberse olvidado como por arte de magia, fuera hoy en día la criatura que nos acosa tan violentamente? Una mujer enclaustrada y abandonada durante años a la depresión de ver asesinado a su marido y arrebatados de su lado a sus hijos... ¿No es eso suficiente para volverse loco de rencor y manifestarse del modo en que lo está haciendo esa pobre alma?

—Pareciera que pretendiera, joven, que le tuviéramos lástima a ese monstruo — intervino un hombre de largo y cuidado mostacho, que era el hijo único del viejo barbero.

—Nada más lejos, sólo digo que todo tiene una probable causa... Y digo más, y estoy seguro, de que las incursiones violentas del ser no son más que la desesperada búsqueda de sus perdidos hijos. Tal y como es de sobrenatural su fuerza y capacidades, debe serlo la vitalidad que la mueve, y quizá el reconfortar su sufrido corazón con el retorno de los retoños bastara para detener su implacable furia, ¿no os parece?

Aunque el joven se había inventado por completo toda su teoría rellenando los huecos con su pura imaginación, en verdad que lo que decía era ciertamente tal cual. Sin embargo los pueblerinos le tenían no ya sólo por un imbécil presuntuoso, sino que en sus mentes se gestaba la idea de que estaba loco.

Pero hubo algunos que enseguida, recordando el largo matrimonio entre el que luego sería el Rey Ogro y la mujer y valorando las sobrenaturales y misteriosas circunstancias, dieron por cierta la teoría del imbécil, y se mantuvo un acalorado debate acerca de la considerada de pronto certeza de la identidad del monstruo y las posibilidades que había

de aplacarlo. Ocasión que no desaprovechó el que se tenía por muy listo:

—Parece mentira —empezó a decir, alzando exageradamente la voz para hacerse oír entre el murmullo de discusiones aisladas y llamar la atención de la asamblea— que no sepan todos ustedes qué hacer con respecto a la agónica criatura, cuando es tan obvio: no hay más que devolverle a sus hijos.

—Esas pobres criaturas estarán muertas desde hace décadas, si no han degenerado en bestias como su padre... —apuntó la misma señora de las migajas pegajosas en la boca, mirando alrededor como buscando la aprobación de todos en sus palabras.

—Pues aún siendo así, devolverle aunque sea unos restos esquilados por el tiempo puede traer algo de paz a una madre que se interroga por la suerte ignota de sus hijos perdidos... —replicó el listillo.

— ¿Otra vez? ¡¡Que ese monstruo no es madre de nadie!! —aulló otro conciudadano.

Y pasó un buen rato en que el debate se intensificó, llegando algunos a insultar a otros por su credulidad en la absurda historia del "tonto del pueblo", y tomando otros a algunos por tozudos y cortos de miras al mismo respecto. Al final se decidió que en previsión de mayores males, lo mejor era tomar dos medidas: continuar con la construcción de la muralla que protegería el poblado, y enviar a alguien a recuperar a los perdidos hermanos y traerlos de vuelta, fuera cual fuera su estado. Y de este modo, y ya que él mismo había descubierto la posible solución y que no era un personaje imprescindible para el buen funcionamiento del pueblo, ni especialmente querido por nadie (de hecho algunos querían perderle de vista indefinidamente), se decidió unánimemente que el listillo sería el buscador de los exiliados, quedando acalladas por los alaridos de alegría y congratulación general ante tan buena idea esas tímidas protestas inacabadas que nacían en la seca garganta del joven.

De modo que no se perdió más tiempo, y empujado por la parte del tumulto que con mejores ojos veía esa expedición, el listillo se encontró enseguida frente a la parte de bosque hacia el sur, mientras montones de manos le palmeaban hombros y mejillas, como llamando a su mejor ánimo. Alguien le puso al alcance de sus manos un viejo saco medio apolillado, y de pronto el vetusto y siempre taciturno herrero le indicó con toda la precisión de que era capaz recordar dónde había dejado a los pequeños hermanos. Le dijo tal que así:

—Camina todo lo recto que puedas hacia el sur, y a lo mejor los encuentras.

Y se apartó a un lado meneando tristemente la cabeza, hundiéndose entre la gente que celebraba una partida que aún no había empezado. El listillo echó un rápido vistazo alrededor, viendo las caras truncadas de falsa alegría y enrojecidas de un frenesí cuyo origen quizá fuera mejor no saber discernir. Pensó de repente que los ataques al pueblo continuarían incluso durante las mismas obras de la muralla, y decidió que ante la presión general y apelando además al instinto de autoconservación, quizá fuera más seguro irse una temporada de aquel pueblo de patanes. ¡Ah, sí!, y de paso ver si era capaz de traer de vuelta algo de los exiliados que las alimañas del bosque hubieran tenido a bien no desperdigar muy lejos de donde fueran abandonados, tanto tiempo atrás...

Y de este modo comenzó la odisea del listillo, conocido por todos como el tonto del pueblo.



## La Odisea del Listillo, u Ogros 2ª parte

Tan pronto como la espesura del bosque le impidió ver las últimas casas del pueblo al echar la vista atrás, ya empezó a sentir una fuerte inseguridad. ¿Y si la criatura hubiera estado escuchando todo, y sabiendo a dónde se dirigía él ahora, le siguiera para ver por sí misma en qué terminaba su misión, y al verle fracasar le aniquilara sin piedad, o incluso le torturara durante horas si le hallaba revolviendo los más que probablemente maltratados restos? Pero no, se reconvino a pensar que la inteligencia de la involucionada mujer quizá no le diera siquiera para entender ya el idioma humano, ni mucho menos para pensar en seguirle a él cuando aún tenía en el pueblo a tantos responsables de su miseria vivos.

De modo que consiguió despreocuparse y dejarse reconfortar por la calidez de unos rayos solares que bañaban ocasionalmente su perfil derecho mientras avanzaba a trompicones saltando fuertes raíces sobresalientes e islotes tímidos de roca viva. Él era de los pocos jóvenes que nunca se había atrevido a corretear por el bosque, ni aun cuando se lo tenía por un lugar seguro, y encontraba muy fatigoso el andar por primera vez por allí, pero la novedad le tenía entusiasmado, y con una sonrisa sobrellevaba los resbalones y tropiezos. El día fue pasando lentamente de moribundo a muerto clínico, y de golpe se vio el listillo entre una oscuridad para la que no había un umbral dibujado por la proximidad: la luz de las estrellas no traspasaba el uniforme techo de hojas del bosque, y el joven estaba así abandonado a un continuo placaje de un tronco detrás de otro, llegando a veces a retorcerse o golpearse los dedos al empezar a poner las manos por delante, buscando referencia o apoyo a tientas. Ni gateando solventó sus problemas de equilibrio y de sensación de dar pasos hacia el vacío. Y a la desorientación añadió repetidos cabezazos contra la madera y alarmantes incursiones de la cara entre crueles zarzas, así como la degustación involuntaria de una densa telaraña grumosa (no le costó imaginarse los grumos como pequeños mosquitos enredados). Ya estaba cansado, dolorido y asqueado. Y con todo eso en contra, y sintiendo bastante hambre, apoyó la espalda contra el más cercano de los troncos que pudo palpar, tras manosearlo con paciencia buscándole la cara con menos nudos en la corteza. Sentado así, hundió el brazo en el viejo saco que le habían dado para los niños, el cual había ido llenando ocasionalmente de distintas clases de frutos secos que había ido encontrándose por el suelo del bosque. Pero en el fondo sólo encontró el musgo húmedo del suelo, pues el saco tenía un buen número de agujeros entre las costuras de la rafia de que estaba hecho. Resopló malhumorado pero demasiado pusilánime para ni siquiera maldecir con palabras malsonantes, y recordando de golpe el frío al sentir el desamparo de la inanición, cruzó los brazos echándose las manos cada una al hombro contrario.

No se escuchaba nada en el bosque, ni el arrastrar de las alimañas propias de las horas nocturnas, ni una ligera brisa meciendo las hojas, ni el sonido de insectos haciendo chirriar sus mandíbulas, patas o lo que fuera. Sólo estaba acompañándole el arrítmico sonido de su acelerada respiración, que enseguida sustituyó por un silencioso boquear, buscando afinar el oído al menor indicio de cualquier cosa aproximándose. Pues en esos momentos de soledad y oscuridad volvieron a él los sentimientos de terror ante la idea de que la criatura que era madre de los exiliados realmente le hubiera podido seguir muy lejos del pueblo, y que sintiera impulsos de devorarlo a él si es que llegaba a sentir la

mitad siquiera de su propia hambre. Y tenía razón. A medias.

No se estaba planteando en absoluto devorarlo, pero la criatura, tras verle avanzar tan torpemente a lo largo del día y por parte de la noche, le observaba en aquel momento desde la oscuridad en frente de él, deseando matarlo por estúpido e inútil que parecía. No pensaba desde hacía mucho como lo podía hacer una persona normal, pero aún podía sentir la frustración aflorar ante el espectáculo de semejante imbécil. ¿Cómo podían confiar la recuperación de sus retoños al tonto del pueblo?! Así que mientras los ojos ciegos del listillo bizqueaban hacia todas partes creyendo ver sombras que se recortaban hacia él, la mujer degenerada le abandonó iracunda, rechazando la idea de destrozarlo, deseando buscar qué comer y pensando que al amanecer le seguiría en su viaje, al final del cual su leve chispa de esperanza se vería recompensada o sofocada de un pisotón del sino, quién sabía.

Con lo que no contaba la criatura mujer era con que el listillo no sería capaz de dormir esa noche. Aun cuando la criatura se ausentó en busca de su alimento, él seguía con la paranoia: seguro estaba de ser observado no sólo por la madre asesina del pueblo, si no por multitud de otras criaturas, seres sin ojos, cada vez más grandes, oscuros y peludos que le estaban acechando desde todas direcciones. Llegó un momento en que confundió el frío con más miedo, temblando como nunca lo había hecho en su vida, y ante esa sensación de descontrol de su cuerpo, no pudo por menos que salir despedido, corriendo, seguro de que invisibles espíritus del bosque estaban intentando colársele dentro a través de la carne trémula.

No gritó, el pavor le atenazaba la garganta, no siendo capaz ni de respirar, con lo que no pasó mucho tiempo hasta que su torpe carrera en la oscuridad se interrumpió con un desmayo propio de un conejo fornicador. Pasó el resto de la noche en la inconsciencia total.

## La Leyenda del Conejo Buscador, u Ogros la Trilogía

La luz de un tardo amanecer, intensa pero que no disipaba la humedad helada del aire, le hizo abrir los ojos con una repentina sensación de alarma. Recordaba la espantosa huida como si hubiera acontecido inmediata a su recuperación de la consciencia, y preso de ese temor reminiscente, no pudo apenas que exhalar furioso, al sentir su cuerpo entero recorrido de terribles calambres que le disuadían de hacer ningún movimiento. Las agujetas no eran tan fuertes, pero el relamido listillo no era alguien acostumbrado al trabajo y mucho menos a ninguna clase de dolor. Cerró los ojos concentrándose en aunar fuerzas y afrontar el dolor, pero se durmió y pasó unos cuarenta minutos de nueva siesta, mientras el rocío volvía a ser vapor gradualmente, como si el agua pudiera incluso ser menos perezosa (pese a inerte) que el listillo.

El hambre atroz le devolvió a la vida una vez más, con un fuerte rugido estomacal que él confundió con el de un monstruo imaginado (un sonido con el que no estaba familiarizado, como el lector ya podrá suponer... No estaba familiarizado con casi nada que no estuviera dentro de su casa, podríamos terminar de decir, para aligerar esto), y se descubrió con la cara restregada contra parte del musgo al pie de un árbol, seguramente tras rodar en sueños buscando nuevas posturas. El dolor punzante le seguía atacando, pero la humedad del líquen era demasiado para su delicado tacto labial, así que vaya que si se irguió. Miró alrededor buscando nuevos frutos secos maduros por el suelo, pero parecía que había dejado bastante atrás la clase de vegetación que proporcionaba alimentos. Desorientado y desmoralizado, no se molestó en comprobar si seguía o no directamente hacia el sur, y echó a andar muy concentrado en enfrentarse al tormento de sus dolores musculares. Pero enseguida los olvidó cuando empezó a percibir el aroma de lo que tenía que ser alguna clase de guiso de verduras u hortalizas.

Pese a su ineptitud no le costó seguir el olor hasta que alcanzó el fin del bosque, llegando a una vasta pradera que se extendía hasta donde llegaba la vista, hacia el este, de donde el sol ya se había despegado una buena altura. El bosque tomaba allí la forma de una amplia semicircunferencia alrededor de un pequeño castillo de piedra, del tamaño de cualquier cabaña particular del pueblo del listillo, en realidad. Resultaba muy parecido al castillo del antiguo Rey Ogro, con la salvedad de que los estrechos torreones no darían cabida al paso o estancia de una persona, por pequeña que pudiera ser. Al listillo se le ocurrió que quizá era el hogar de algún pequeño rey de diminutas gentes, pero la puerta y ventanas que daban al frente sugerían que los habitantes debían ser de tamaño normal. El listillo se acercó manoseándose los cabellos y frotándose la cara, buscando el adecentado de su peinado de somnoliento y limpiarse la cara de posibles legañas. Cuando llegó a la puerta, moldeada de una sola pieza de madera, muerto de hambre como estaba, empezó a aporrearla insistente pero con tremenda levedad usando los codillos de los delicados dedos de su mano derecha, durante varios minutos, dividido entre el temor de no resultar bien recibido por los desconocidos y apresurado por el desamparo general en que se hallaba. Por fin alguien debía haber llegado a pasar cerca de la puerta como para escuchar el tímido soniquete, pues empezó a abrirse lentamente, muy poco a poco, como bajo el examen de quien busca con cuidado qué es lo que falla. Lo encontraron a él, al listillo.

El listillo, por su parte, lo que vio fue a la más hermosa criatura hembra que jamás encontraría en el ámbito de la especie de las gentes. Para colmo su atuendo apenas

consistía en un suelto harapo que le cubría desde las caderas hasta las rodillas, atrayendo toda su atención en un primer momento los generosos y enhiestos pechos desnudos que le señalaban las pupilas con rosados pivotes de apetitosa textura gomosa. Se quedó con la boca abierta, la garganta seca, la lengua fuera, y se le olvidó respirar por unos momentos, mientras la puerta se abrió hasta donde podía hacer tope, la chica que aún sujetaba el filo de la hoja dirigiéndosele ya:

—Oh, hola, ¿qué desea?

El listillo, de tener la confianza en sí mismo, o la experiencia necesaria con mujeres, quizá podría haberse atrevido a convertir la inocente pregunta en un principio de flirteo, pero su mente no daba para tanto saturada de miedos, necesidades y asombrado rubor. Al menos al oírla hablar pudo llevar sus ojos hacia la cara de la mujer, encontrando en ella una mirada de verde iris que parecía resplandecer bajo el fino hilo de oro de sus cejas. Su boca entreabierta esperaba con los labios húmedos el seguir conversando tan pronto como él fuera capaz de articular alguna palabra, la punta de su nariz afilada y pequeña acentuando su gesto de expectación con un indescifrable toque de delicada inquisición, de una manera que apremiaba a satisfacer su curiosidad pese a su tono amable.

—Po yooo... —empezó el listillo, antes de toser ahogado por un repentino trago de saliva y descubriéndose gangoso como él solo. Pudo carraspear y acertar a seguir con su mejor tono de discurso—. Disculpe, señorita. Puff, mire, es que llevo un accidentado viaje nocturno por este bosque de aquí atrás, tengo hambre, he pasado frío, y jejeje, para qué negarlo, bastante miedo, aquí atrás, en el bosque, es que pufff...

—Por favor, joven, no se quede pues ahí, pase a tomar algo caliente —le invitó ella, apartándose a un lado y haciendo un gesto con el brazo mientras se inclinaba ligeramente, reverenciosa. Sus senos se agitaron tentadores, y el listillo pasó muy rápido por delante de la chica, algo que ella asumió hacía llevado por el hambre.

Le había llamado joven, pero en realidad parecía ella más joven incluso que él, pese a ser toda una mujer, qué duda cabía mirándola. Él se quedó en mitad de la amplia estancia que era toda la vivienda, donde en el extremo de la izquierda, según se entraba, se ofrecía deshecho el redondo lecho de mantas y cojines que debía hacer de dormitorio de la muchacha. Realmente pareciera que acabara de despertarse, o que no hubiera tenido tiempo de arreglar la especie de cama esa... Aunque a juzgar por su desnudez, se inclinaba a pensar que era lo primero. Pero...

—Justo estaba ocupándome de este guiso, no tardará más de veinte minutos y podremos comer; es aún pronto, algo antes de mediodía, pero no le dejaré comer solo. Tome esta zanahoria, para ir matando el gusanillo, joven.

El listillo la aceptó gustoso, arrancándose a mordisquearla con terrible agradecimiento. ¡Con lo insípidas y estúpidas que le habían resultado siempre las zanahorias, y qué buena que estaba esa de repente! Para su curiosa sorpresa, vio que ella se dedicaba a las atenciones del guiso en el hogar de la chimenea tal cual como a él le había recibido. ¿No tendrían por esas regiones la costumbre de vestirse?

—No sabía que hubiera personas por estos parajes —empezó nervioso pero en realidad nada interesado, el listillo, cuando la hortaliza se consumió de su mano—. En mi pueblo se cree que por estas tierras no hay nada más que pequeños animales silvestres, que toda civilización aún queda a varios horizontes largos de por aquí...

—Bueno... —le interrumpió ella, mientras sazonaba con curiosas hierbas el potaje—, no sé de cuán largo viaje venga usted, pero sí que me consta que no muy lejos hay más

gente... ¿Es usted un comerciante o peregrino, perdido de camino a sitios más lejanos?

—No, más bien, no, vengo de lejos —para el listillo eso era muy cierto, pese a apenas caminar una tarde y parte de la noche, a trompicones—, pero no tanto, en realidad vengo buscando a algunas personas, unas personas que temía muertas ya, pero que quizá resulten haber gozado de la fortuna de una vida próspera, incluso, viendo que en efecto la humanidad prolifera por doquier...

—Oh, nada me gustaría más que poder reconfortarle y anunciarle su llegada a mi morada, o poder decir que les vi pasar de lejos, al menos, pero sería faltar a la verdad. No recuerdo haber visto a nadie más que a usted, joven, en tanto, tanto tiempo...

Aquello último lo había dicho tras apartar la olla del fuego y mientras acercaba un par de taburetes de madera para sentarse ambos, uno al lado del otro. Le traía en la mano pequeña y blanca un trozo de pan bien tostado, con el que poder seguir tranquilizando su furioso estómago.

Aunque resuelto a coger el trozo de alimento cálido y crujiente, una certeza que ni su mezquina naturaleza era capaz de negar se apoderaba de su espíritu inquieto a raíz de aquellas últimas palabras, pues pese a sus contraproducentes esfuerzos en realidad no era el listillo tan estúpido como le creían todos. Pero antes de espantarse del todo, tomó la decisión de hacer pesquisas de la manera más sencilla a su alcance, todo hay que decirlo: la mera pregunta.

—Ejem —se molestó en carraspear, como si necesitara atraer la atención de una mesa repleta de comensales—, bueno, no quisiera parecer un indiscreto, pero... —le sacudió un tímido mordisco a la corteza del pan, un pequeño trozo que le permitiera seguir hablando mientras lo saboreaba—, ¿en verdad vive usted sola, aquí?

—Oh no, en realidad hace relativamente poco que moro en soledad, aquí... apenas unas cuatro estaciones.

—Oh —hizo el listillo, esperando que eso la animara a seguir mientras él seguía degustando su pan.

—Vivía con mi hermano, allí, más al sureste, en el fondo del bosque. Hace muchos años ocurrió algo en nuestro pueblo, no recuerdo bien porque éramos pequeños, pero lo que sí sé es que nuestros padres algo hicieron que enfadó a todos. A mi padre, que era rey, recuerdo que lo quemaron, mientras que mi madre tuvo que ver cómo se nos llevaban de su lado.

—Dioses y ogros —exclamó el listillo, descubriendo de golpe que su sospecha era cierta: era la parte femenina de los exiliados la que hablaba. Recuperó la compostura así como la capacidad de deglución, haciendo ver que sólo le horrorizaba la historia; y en buena parte así era, pese a que la doncella la narraba como un simple suceso, sin gran afectación en ningún sentido—. Perdonad las maldiciones...

—Oh no, discúlpeme usted, no sé por qué me he arrancado a contar esta historia... Supongo que es la soledad...

—Oh no, por favor, siga —farfulló el listillo escupiendo migas que escudaba tras su palma, para no lanzárselas a la bella muchacha contra los pechos—, que me interesa mucho.

—Está bien —concedió ella, dirigiendo una rápida mirada hacia el guiso, que reposaba junto al fuego de la chimenea—. Como supondrá, si éramos pequeños para recordar claramente los eventos, más aún para sobrevivir por nosotros mismos. Pero se dio una singular coincidencia, y es que mi hermano y yo, por alguna razón, hemos nacido

con el don de la magia...

— ¿¡¡Magia!!? —chilló contenido el listillo, con ambos carrillos llenos de pan.

—Sí, es asombroso, lo sé. Pero magia: los elementos de la naturaleza empezaron a plegarse ante nuestras necesidades, la roca tomaba forma, el fuego se manifestaba, la vegetación daba frutos y los animales recolectaban y cazaban para nosotros. Con ese poder, he de reconocer que la vida nos ha resultado no muy distinta de como habría podido ser en el castillo de mi padre. Cuanto ve usted ahora ha sido elaborado a través de un dominio cada vez más predominante de la magia. Y hace algún tiempo que ese poder ha convencido a mi hermano de que, por tener esa capacidad, es su deber vengarse de la destrucción de nuestra familia.

El listillo dejó de masticar y tragar para quedarse mirando a la joven, que ahora sí parecía triste, pese a lo lúgubre de todo su relato. La parte que concernía a su hermano la apesadumbraba, y a él eso no sólo le llamaba la atención, si no que incluso le asustaba.

—Hace al menos un par de años que mi hermano se dedica a largas excursiones durante las que se entrena en el arte de la destrucción. Arrasa con partes del bosque y asesina animales, todo ello valiéndose de unas formas de la magia que no considero naturales.

— ¿La magia, natural? —Interrumpió el listillo, verdaderamente confuso.

—Sé que puede sonar incongruente, pero me inclino a pensar que la magia funciona en comunión con la naturaleza, es como una agradable charla con un invitado a tu casa. Pero mi hermano... Cuanto más usa esas maneras malas de la magia, más se tuerce su gesto; su habla se ha vuelto ronca, su mirada hosca; respira furioso, como si algo le oprimiera el pecho, y sólo habla de la muerte de todos en nuestro pueblo natal. La última vez que le vi se escurría de mí entre los árboles, cubierto por un manto rojo. Es mi hermano, pero esa visión silenciosa de verdad que me espantó. ¡Ay, cielos, no sé por qué le cuento todo esto, mi joven señor...!

— ¡No, no, cuénteme, no se detenga, que ese poderoso mago que es su hermano sin duda pretende destruir nuestro poblado!

La joven fue quien se mostró confusa de pronto, pero por un fugaz instante, pues sin duda era perspicaz, bastante en comparación con el advenedizo listillo, hay que señalar, y se puso en pie como si el taburete ardiera, diciendo enseguida:

—Si viene usted de nuestro pueblo natal, buscándonos, hágalos a todos el favor de volver presto y señalar que no hay rastro de nosotros... ¡No! ¡Diga mejor que nos halló muertos!

—Pero... —al listillo se le amontonó el trabajo de hacer amago de obedecerla y masticar al tiempo el último bocado del pan. Escupió un par de migajas húmedas mientras se ponía en pie, con una parsimonia diametralmente opuesta a la presteza de ella, incapaz de asumir que ella ya sabía de dónde venía y qué quería— Pero, ¿qué pasa?

El tono del listillo sonó como el de un pobre niño que se viera castigado sin comprender el motivo de su desgracia. No era su intención sonar así de pusilánime, pero algún efecto tuvo: la joven se detuvo al empuñar el pomo de la puerta, mirándole a él con benevolencia y preocupación.

—Si no se va, e ignora nuestra existencia, toda esperanza de paz se puede ver disipada. ¡Por favor, váyase!

—Escuche, ¡sí, vengo a buscar a los dos hermanos hace tiempo abandonados! ¡Pero es que tenemos un problema tan acuciante como pueda serlo todo el rencor de su hermano,

mi señora! —el listillo hincó en el suelo su rodilla derecha, mientras se le dirigía con esa renovada deferencia que le infundía el corazón, encontrándola tan atenta al bienestar general y tan espléndida en todo cuanto ella misma era, que no le quedaba otra que rendirse a su linaje real, pues prácticamente rezumaba, hubiera dicho él si alguien le hubiese preguntado:—¡Os ruego que me llevéis a presencia de vuestro hermano, tengo noticias para ambos, y creo adecuado que sendos estén presentes para mi anuncio!

—No me escucháis, joven. ¡Mi hermano os matará tan pronto anunciéis de parte de quién llegáis! —La joven puso una mano sobre su hombro, haciendo que la cercanía de sus pechos desnudos hiciera temblar al listillo casi tanto como durante los temores de la terrible noche en el bosque.

— ¡Oh, que no llego de parte de nadie! Ha sido buena iniciativa mía el poner orden en las vidas de todos y de paso juntar una familia, si bien se sucede todo... —El listillo estaba contando las cosas a su manera, sin duda, si es que no mintiendo descaradamente, pues no hay que olvidar que obligado fue como había sido despedido en su empecinamiento de que buscar a los hermanos sería una solución, y que difícil era de creer para nadie (incluido él mismo) que la criatura que asesinaba pudiera tranquilizarse con la presencia de sus hijos exiliados.

— ¡No me diga que...! ¡¡Trae noticias de nuestra madre!! ¿¡¡Podemos volver!!?

El listillo vio al instante su error, pues claro que los hermanos no podían saber nada sobre la vida que su madre había llevado, marginada como había sido por un negligente pueblo que ya no la sentía como una reina. Estaba aflorando la esperanza en la muchacha, y el dolor de saber el daño que harían las revelaciones le hizo dar un vuelco al estómago.

—Un momento —se disculpó, y abrió él mismo la puerta de la casa y vomitó a un lado el pan mal masticado, y parte de la zanahoria—. Agua por favor —se volvió para rogarle en áspero susurro, con la garganta ardiéndole.

Ella enseguida le alcanzó un sencillo pero bien elaborado vaso de madera redondo, colmado del agua que él casi esparce por todas partes al recogerlo con esa mano temblorosa.

— Gracias —intentó decir con una leve reverencia de cuello para arriba, procurando resultar de repente todo lo digno que se podía ser, a pesar de haberse puesto las tripas del revés a través de la boca, y bebió, todo entero de un trago. Enseguida le subió una bocanada de aire a través del esófago, y procuró no eructar, pero en vez de eso le salió un largo bufido, a carrillos llenos, de vomitivo aire que proyectó sin querer contra la cara de la hermosa descendiente de rey.

— Lo-lo siento —tartamudeó verdaderamente sentido, viéndola espantar el aire ante ella con sus manos, arrugando la graciosa naricilla, con una sonrisa pese a todo, quién sabía si por no ser grosera a su vez o porque en verdad le hubiera hecho gracia la espontánea naturaleza indomable de las tripas humanas—. Creo que tenía el estómago tan seco como la boca...

—No se disculpe, quizá fue demasiada comida para un estómago demasiado vacío, y como dice, sin agua con la que acomodarla. Es culpa mía, no me di cuenta de que un viajero perdido tendría sobre todo más sed que hambre...

—No, no se disculpe vos, mi señora... Tan sólo tenga a bien el llevarme junto a vuestro hermano, y a los dos les haré saber de cuál es mi intención llegando hasta sus realezas.

Visiblemente emocionada y hasta inoportunamente feliz corrió la muchacha a echarse

un manto de pieles alrededor de los hombros, cerrándoselo por delante con la ayuda de unas tiras de cuero cosidas. El listillo realmente estaba impresionado con la virtuosidad de los recursos con los que le había prodigado la magia a la muchacha, si es que realmente sus poderes eran capaces de crear todo aquello que la artesanía del hombre podía idear con largas jornadas de trabajo especializado, como era todo lo que había dentro de aquella su morada, incluida la morada misma. Y enseguida empezó a imaginarse cómo podrían ser los horrores desatados de una venganza cuando los límites estaban en la propia imaginación. Se sacudió en un leve escalofrío que pasó inadvertido para la joven, pues ya caminaba presta y ligera por delante de él, introduciéndole de nuevo en el bosque.

El listillo pronto empezó a quedarse atrás de manera esporádica, y la joven no tenía más remedio que ir deteniéndose e incluso retroceder unos pasos de vez en cuando para que él no la perdiera de vista y pudiera seguirla. Avanzaba con facilidad pisando aquí y allí entre las apretadas raíces sobresalientes y desafiando los filos romos de las rocas, todo ello con sus pequeños pies desnudos, mientras que él se batía a involuntarios puntapiés con todo lo que asomaba. El listillo tenía ya por seguro que en el interior del zapato derecho una uña se le habría levantado de los repetidos golpes y le inundaba el pie en sangre caliente y pastosa, pero lo que sentía era en realidad su propio sudor con un poco de musgo que se le había colado al rozar la corteza de un árbol con la rodilla.

— ¿Se encuentra bien, mi joven? Se le está quedando mala cara...

—Oh, muy bien, muy bien, es que no soy hombre de campo, ¿sabe? —Quiso calmarla, sonriendo con los dientes apretados de auténtica grima.

Pese a la dureza del viaje, en realidad no habían avanzado gran cosa cuando los árboles sanos empezaron a dar lugar a otros que padecían un estado indescifrable. No sería cierto para el listillo decir que estuvieran muertos o enfermos, pues tenían hojas y parecían libres de plantas parásitas, pero las formas rectas y angulosas de las ramas y troncos empezaron a irse transmutando a otras cada vez más curvas, enroscadas e intrincadamente serpenteantes, llegando incluso a simular que las ramas y cuerpos vegetales hubieran sido estirados de una forma sobrenatural para, en ocasiones, enroscarse los árboles unos sobre otros como en repugnantes abrazos congelados o violentos placajes estáticos. Los grupos de árboles enroscados eran tan complicados y apretados que se veía a las claras que ni la pobre joven sabía bien por dónde sería más fácil el paso.

— ¿Pero qué clase de árboles son éstos? —preguntó de forma retórica el listillo, llegando al fin hasta la muchacha, que había dejado de buscar un paso para ponerse de brazos en jarras ante la barrera.

—Son árboles normales, pero plegados a la voluntad del poder de mi hermano. Eso es lo malo, los animales y plantas no saben lo que hacen ni por qué, sólo obedecen. Antes esto no pasaba, y cuando empezó a pasar, no llegaba hasta aquí. En fin. Vea lo que vea, por favor, no se asuste ni haga cosas raras, por favor que se lo pido...

— ¿Eh? —hizo el listillo, enarcando las cejas verdaderamente alarmado por que le tomara la chica por un timorato. Su expresión era de un ruego sincero, tanto que por un momento se sintió como admirado, aunque sabía que más bien era una especie de menosprecio preventivo el que ella le prodigaba en ese momento. Pero no quiso desaprovechar la ocasión para dejar las cosas claras: — Oiga mi niña, que sé a qué vine, y que no soy persona predispuesta a arranques de pánico.



—Me alegra escucharlo —repuso ella sonriendo felizmente de nuevo, y se volvió hacia los árboles serpenteantes y con un gesto circular de su brazo izquierdo éstos empezaron a revolverse unos sobre otros y a caminar a ambos lados como grupos de borrachines que se ayudaran a mantener en pie entre sí. Sus raíces se removían bajo tierra haciendo saltar trozos de piedra que se partían con el sonido de truenos y que deformaban la superficie musgosa del suelo del bosque. Era como si un estanque de lodo sólido fuera recorrido por deformes peces cuyas carcomidas aletas dorsales y ventrales rasgaran su superficie durante retorcidas piruetas, con esa fluidez y velocidad eran empujados los peñascos grises.

El listillo, sacudido de pies a cabeza por el terremoto, fue incapaz de moverse lo más mínimo de su sitio, temiendo que sus pies se hundieran en ese fango que él veía si se atrevía a dar un paso, como en arenas movedizas, pero nada le impedía gritar como lo estaba haciendo ante todo ese imposible orgánico horror. Gritaba de una manera monocorde, un tono sin sentimientos reconocibles, la locura misma provista de lo único que la puede causar, el terror demencial que sentía ante lo que estaba viendo.

Cuando el estruendo de la vida mágica de las cosas cesó, la muchacha pudo oír el espantoso alarido del listillo, que aún seguía, y al volverse con gesto torcido, confusa, hacia él, le vio con la mirada perdida más allá de ella y con la mandíbula totalmente suelta, al límite de desencajarse, pero con las piernas rectas y los brazos lánguidos, sin nada que representara además emoción alguna en su cara, si no fuera por el lastimero grito. Empezó a avanzar hacia él, haciendo gesto de que se callara y chistándole.

— ¡Shhhh! ¡Pero oiga, cálese, calle! —Antes de que ella le alcanzara él ya se había callado y reparado de nuevo en ella, y la miraba con los ojos muy abiertos, inexpresivos aún, como una criatura sin consciencia que sabe que va a recibir su merecido—. ¡Pero oiga! ¿Se puede saber qué le pasa?

El listillo de algún modo superó todas las capas de autismo que acababa de crear para proteger su alma de los terrores, y al volver encontró el ceño fruncido por el desatino y la decepción de su admirada y amada, de modo que sabiéndose interrogado acerca de alguna cosa que acababa de hacer, e ignorando completamente de qué podría haberse tratado, optó por una respuesta de lo más ingeniosa:

—Hola, ¿qué pasa?

— ¿Qué pasa, dice? ¿Pero por qué gritaba así, como alma en pena?

— ¡Ah!, ¿que estaba gritando?

—Vaya si lo hacía, no le pude oír hasta que terminó el ruido de los árboles y las rocas, pero...

—Oh, mi real niña, abrí la boca y me puse a gritar por miedo a que me explotaran las orejas —soltó como quien no quiere la cosa, recuperando e incluso superando los niveles de autosuficiencia mostrados con anterioridad a lo largo de toda su vida.

— ¿Pero qué dice, joven? —se rió ella, abandonando el gesto de fastidio e incertidumbre, para alivio del listillo.

—Claro mi reina, es dicho de viejas que para evitar que un gran sonido te haga sangrar por las orejas es bueno abrir la boca y gritar cuanto se pueda. Nunca había oído nada tan fuerte como para tener miedo de que me sangren las orejas, pero aquí lo tenemos...

—No sabía de tales remedios para tales riesgos... ¿Me sangran a mí las orejas? — quiso saber de pronto, metiéndose un dedo en uno de sus oídos.

—No, no, las tenéis perfectamente, mi señora, sin duda he exagerado.

—Puufff, qué susto de repente —suspiró aliviada.

—Sí, qué susto —susurró para sí el listillo, mientras reanudaban la marcha.

Avanzaron un buen trecho por entre más árboles serpenteantes. La descendiente del Rey Ogro incluso apartó con suaves gestos de magia nuevas ramas que les cerraban el paso, pero ya no se molestaba en apartar los árboles como lo había hecho antes, quizá por miedo a dañarles a ambos los oídos, y el listillo se lamentó por sus cobardes mentiras tan pronto como comprobó lo engorroso que era seguir un paso abierto apenas entre los repugnantes árboles deformes. Casi estaba tentado de confesar o al menos sugerirle que corriera el riesgo de volver a despejar bien el camino como al principio, con alguna excusa tonta como el tiempo o algo, pero en verdad que apenas pasaba de mediodía, había luz solar meridiana bañándolo todo. Para cuando ya el esfuerzo se prolongaba más allá de lo que podía soportar, llegaron a un repentino claro, y él suspiró aliviado a medias; la otra mitad clamaba por volver al bosque.

—Llegamos, mire —anunciaba ella sin dejar de caminar.

No necesitaba presentación. A varias decenas de pasos del límite del claro, se erigía un castillo aproximadamente tan grande como el de la antigua morada de los exiliados, en el pueblo. Igualmente era de roca, como aquél, y como la miniatura en la que encontró a la parte femenina de los dos hermanos. Pero algo había pasado.

El suelo que pisaban tras dejar atrás los árboles era de polvo blanco que olía a ceniza. Bueno, en realidad era ceniza. El listillo no tardó en figurarse una imagen de toda la vegetación ardiendo en un mar de llamas mágicas. Pero si eso le era un prodigio de imaginar, lo era más ver la configuración actual del castillo de roca. Algunas partes conservaban su gris natural, pero otras estaban ennegrecidas, y era fácil suponer que el incendio de alrededor hubiera podido tocar con lengüetazos de fuego el castillo, por accidente, pero no era eso. Es que la piedra negra estaba cristalizada, como sometida tanto a una temperatura como a una fuerza desproporcionadas, casi como si fueran diamantes sucios de hollín encajados de formas imposibles. Y no sólo eso; otras partes (un par de torreones enteros y unos trozos sueltos de varias fachadas) no eran ni piedra, en realidad resultaban ser una suerte de pasta de fuego y roca que se removía dando vueltas sobre sí misma y sin echar a perder o verse sobre las rocas adyacentes. La visión era tangible, porque ya desde esa distancia sentía el doloroso calor, y aunque no estaba saliendo de su cuerpo como sí que había hecho al ver los árboles andar, el alma del listillo sentía ya el sabor de la derrota respecto de su misión, de sus creencias de toda una vida y sobre todo de su bien máspreciado e inconsciente: su ego.

—No tenga miedo, sólo déjeme hablar a mí, joven...

—S-s-sí —repuso, sin poder dejar de mirar el prodigio de roca, diamantes negros y lava que se cernía sobre ellos como un gigantesco golem, según caminaban.

—Este lugar antes no era así, pero mi hermano ahora se entrena pervirtiendo de formas imaginativas cuanto está a su alcance... —le explicó la muchacha, apreciando que él no podía dejar de contemplar el castillo.

Llegaron a la puerta, que al contrario de lo usual en un castillo así, no era mucho mayor de lo que necesitaba una persona para pasar, de madera misma, como cualquier otra de cualquier sitio. Y sin cerradura... igual que la de la morada humilde de la jovencita.

—¿Vuestro hermano no sale a recibirnos? —Preguntó el listillo realmente inquieto, figurándose un nada recomendable rencor sin resolver entre los exiliados.

—Puede que lo hiciera, si supiera que llegamos.

—Ah, ¿cómo? ¿No lo sabe?

—Pues... no. ¿De qué modo iba a saberlo? Como no camináramos gritando como hacíais antes, joven...

—Pero, ¿y la magia?

—Podemos usar la magia, pero eso no tiene nada que ver con ser adivinos.

—Pues debo reconocer que de algún modo me siento decepcionado... —repuso el listillo, mientras la joven hacía abrirse la puerta por sí sola alzando la mano ante ella.

—Venid, detrás de mí, que si mi hermano no ha salido seguro que está aquí mismo, en su trono.

— ¿Trono?

La pregunta refleja del listillo se respondió sola cuando pasaron a esa especie de sala principal, muy parecida a un salón del trono de cualquier castillo. Faltaban... bueno, faltaba toda clase de decoración propia de un castillo habitado, pabellones, largas mesas a los laterales, una larga alfombra de dorados ribetes que cruzara a la mitad el salón... Y por su puesto lámparas gigantes de velas colgadas del techo. Si antes lo había habido, que quién sabía, de todo ello ni rastro en ese momento. Pero la estancia estaba pero que muy bien iluminada por el fulgor de la pared de lava que se alzaba desde detrás del trono: un asiento de roca que había trascendido quién sabía si de la misma forma que las que componían otras partes del castillo, y que ahora era diamante totalmente pulido y limpio, como cristal, pero de ansiadas iridiscencias. Y sobre él, el hermano.

Una forma sin duda humana se escondía bajo un manto rojo sangre que brillaba en un espectro similar al del oro allí donde su silueta se recortaba contra el color del magma. El listillo estaba realmente admirado, tanto como atemorizado. Estaba viendo más prodigios en cosa de dos minutos que durante lo que le quedaba de vida a cualquier otra persona del mundo. El encapuchado alzó la oquedad que ocultaba su mirar tan pronto como se percató de que alguien se acercaba.

— ¡Drensil, hermana! ¡¿Qué traes ahí?! ¿Es una persona?

El listillo se sintió confortado por la voz. No era una voz de monstruo, ni siquiera de alguien malhumorado como ella le había dado a entender. Sonaba algo lúgubre, pesadosa, pero no como la de alguien capaz de mal alguno, a su parecer.

—Dhar, tengo que pedirte que me escuches, por favor, escucha bien y no te precipites. ¿Prometes escucharme? —dijo ella muy rápido, nerviosa de pronto, exultante pero al tiempo temerosa. Al listillo se le pareció en ese momento a esos jugadores de cartas de la taberna que creen que tienen la mejor mano pero que no las tienen todas consigo.

— ¡Espera! ¿A dónde has ido? —dijo de pronto muy serio el tal Dhar, sin duda perspicaz de sobra y suspicaz en demasía.

— ¡Que me escuuuuuuches que no es lo que pieeeensas...! —le recriminó ella con familiaridad de hermanos, qué otra cosa se podía esperar.

— Habla pues, Drensil. ¿Quién es ese que se esconde?

—Pues mi nombre es Tom Ranutarunaminor, y vengo de muy, muy lejos, con nuevas de vuestro interés —se apresuró a salir de tras Drensil el listillo, herido con eso de “ese que se esconde”.

— ¿De muy lejos? —Era evidente que Dhar le daba vueltas a esas palabras en la cabeza, y lógico era, pues no sabía de ningún lugar muy lejos de allí (no consideraba el antiguo pueblo que los exilió como un lugar ni medianamente lejano, la verdad), así que

su imaginación intentaba dar con el sentido de que hubiera gente en otros sitios lejanos y no sólo deducir el misterio de cómo sabía nadie de que él existiera, sino también cómo era que le enviaban un emisario con noticias de ese desconocido lugar.

—No, hermano, no viene de lejos. Viene del pueblo, de nuestro pueblo... —quiso explicar Drensil, impaciente de pronto por el malentendido.

—Pues eso digo... ¡de muy lejos! —insistía el listillo mirándola, mientras Dhar se ponía en pie y bajaba los cuatro escalones ante su trono de diamante de un salto, alzando su mano derecha de bajo su túnica roja.

—¡¡NO!! —aulló Drensil, tirando del listillo hacia sí y adelantando al tiempo su propia mano derecha.

La muchacha prendió fuego al aire ante ambos en la forma de un disco irregular de llamas, protegiendo al listillo de un violento lanzamiento de humedad cristalizada en hielo por parte de su hermano. La estaca helada se calcinó en vapor ante sus ojos, mientras él caía de rodillas del susto, no tanto por el ataque de Dhar, del cual ni se había percatado, si no por lo repentino de la aparición de fuego y el dolor en la piel que le había producido su calor. El listillo se descubrió acuclillado ante las piernas de la joven de sangre real, con la cabeza coronada por los generosos senos de ella, que le hacían ligeras cosquillas con su suave piel en una y otra oreja, además de removerle el pelo. Le faltó tiempo para taparse medio rostro asiendo un lado del manto que cubría los hombros de Drensil, como un niño asustado ante su cruel padre iracundo, pues Dhar avanzaba implacable hacia ellos.

El hermano se destapó la cabeza y se detuvo a tan sólo unos pasos de ambos, empezando a deambular un par de pasos a cada lado, nervioso, sin mirarles ya. El listillo vio que el joven tenía el cabello oscuro, al contrario que su hermana, y corto y alborotado. Se parecía a Drensil, tenía los mismos ojos, color de piel y forma de los pómulos, pero su nariz era más larga y puntiaguda, y su barbilla ancha y prominente. Resultaba viril, y sin duda las féminas del pueblo lo hubieran creído el más hermoso de los hombres, de haberlo visto. Hasta el listillo dudó un momento de su propio interés por el sexo femenino. Él, como ella, llevaba el torso desnudo, mostrando un físico extremadamente delgado, pero tenso, nudoso, como de una fuerza antinatural. Cubriéndole las arbitrarias vergüenzas, vestía el joven una suerte de falda lisa hecha de la misma piel roja que su capa, dejándole sin refugio solamente las pantorrillas y sus pies descalzos. Qué dos especímenes tan dotados de hermosura y tan bien ataviados para el estímulo de la sensualidad en quienes les observara, pensó el listillo, maravillado y excitado, frotándose las sienes contra el contorno de los senos, discretamente.

— ¡Bueno, ¿se puede saber qué haces?! —Le espetó de pronto Dhar a su hermana, mirándola fijamente.

— ¡Trae noticias de nuestra madre! ¡ES QUE NUNCA ME DEJAS HABLAR! — protestó ella al borde de la rabieta infantil, como si el que hubiera intentado matar a una persona hacía un segundo no tuviera mayor importancia. El listillo de repente se sintió en peligro, un juguete de trapo zarandeado por las robustas manos de un par de niños subnormales que se lo disputaran. Tragó saliva y reptó a un lado sujetándose a la pierna izquierda de Drensil.

— ¡ESTA GENTE MATÓ A NUESTRO PADRE Y NOS LLEVARON A MORIR AL BOSQUE! ¡DESPIERTA DE UNA VEZ!

Al terminar la frase, Dhar dio un pisotón al suelo muy propio de un chiquillo

caprichoso, y el techo sobre ellos salió despedido hacia los cielos con un gran estruendo, ahogando los gritos de protesta de su hermana. El listillo bajó la cabeza y cerró los ojos, manoseando aterrorizado la carne del muslo tierno de Drensil, mientras la sentía vibrar de rabia con sus gritos, que no podía oír. Las rocas que conformaban el techo no tardaron en caer alrededor del castillo a distintas distancias, sonando como un granizo de truenos. El listillo quería taparse los oídos, pero no se atrevía a soltar a Drensil, la única cosa a la que podía mantenerse unido si quería vivir.

Cuando la tormenta de grandes rocas fue cesando, el listillo empezó a distinguir la furiosa discusión de los hermanos, que prácticamente ni se hablaban ya, más bien rugían. Él, desesperado de rabia y de que ella no fuera capaz de compartir la que creía la más justa sed de venganza posible; ella, rendida al llanto desconsolado y rogando por una oportunidad para volver con la madre de ambos y a la tranquila vida familiar. Escuchándolos tan apasionados, tanto que parecía que el castillo y el mundo se irían a partir en dos, el listillo sintió la punzada del remordimiento y el dolor de verlos pelearse así, por él, por estar ahí. De modo que sorprendiéndose a sí mismo, empezó a aullar, que no hablar, a aullar palabras, aún envolviendo con los brazos la extremidad de la muchacha, que ya sudaba de tanto magreo.

— ¡Por favor, por favooooor escuchaaaadme! ¡OOOOOÍD!

Consiguió un lamento tan lastimero y propio de una alimaña que ambos hermanos desviaron su confundida atención hacia él.

—Soltad a mi hermana u os pondré del revés, con las entrañas por piel.

El listillo, con las mejillas recorridas de brillantes y gruesos caminos de lágrimas, se puso en pie a toda velocidad, muy rígido y muy serio. Y habló.

—Escuchadme, hermanos reales, nuestros legítimos gobernantes. Escuchadme atentamente y no me interrumpáis. Y os diré la verdad, directamente, tal cual es. Y por ello luego brindadnos vuestra ayuda.

— ¡¿Ayuda queréis?! —Rugió Dhar casi echándose encima del listillo—. ¡¿POR AYUDA ME VIENES A LLORAR, ASESINO?!

— ¡¿Le vas a dejar que hable o qué?! —estalló Drensil, empujando a su hermano con ambos brazos.

—Bueno, yo lo suelto y que me escuche quien quiera —dijo el listillo con la voz queda, y siguió hablando, muy rápido, inexpresivo y con la mirada fija en la losa de piedra ante sus pies—. Pues que resulta que creemos que vuestra madre se ha vuelto loca y ha degenerado en un monstruo que ahora está matando a discreción a hombres, mujeres y niños, y pues que yo estoy convencido de que sufre y quiere a sus hijos de vuelta y pues que espero que eso detenga el caos y el miedo en el pueblo y pues que después de esto todos acabemos contentos y felices cada uno en su casa tomando café o té por las tardes o lo que se quiera, que el matarse está muy feo, pero tanto hace años como ahora, digo, ¿eh?, y que si por mí fuera nunca nadie mataría a nadie y no quiero morir aquí hoy, ahora, tan, tan lejos de mi casa y mi café y mi mantita.

El listillo había dado por terminado su discurso, se podría suponer, y en ese momento sólo mantenía los labios fruncidos de una forma difícil mientras los ojos se le empantanaban en nuevas aguas lastimeras, retorciéndose las manos ante su entrepierna, apretándose una a la otra en un baile de rodar de dedos y palmas.

El listillo no se atrevía a mirar a ninguno de los hermanos, sobre todo a su admirada Drensil. Y hacía bien, pues el horror de lo que él acababa de descubrir estaba devorando y

paladeando aún toda esa esperanza que había germinado en ella no mucho más de lo que dura un paseíto por el bosque, desde que salieron de su pequeño castillo-cabaña, y ella estaba muriendo, y en su bello rostro podía verse, y de haberla mirado el listillo habría sentido una desolación y terror aún mayor del que podría haberle producido todo lo pasado: la existencia de monstruos asesinos en el pueblo, el terrible poder de la magia y los árboles paseantes, e incluso el miedo a la muerte directa por la ira de un ser vengativo. Todo eso no habría sido nada comparado, si se hubiera atrevido a cruzar mirada con los ojos titilantes que ahora le observaban, no con ira, pero tan decepcionados y confusos que parecían irse a caer de las cuencas en que estaban encajados.

—¿U-u-un monstruo? —susurró lastimeramente la muchacha, mientras su hermano la miraba hacerse pedazos, no satisfecho, pero sin ninguna piedad tampoco, pues a él nada de toda esa historia parecía sorprenderle o conmoverle. Sólo tenía un motivo más, otra piedra lanzada que recoger y devolver a sus remitentes en su cruzada de venganza. Y esperaba contar si no con ayuda de su hermana, por lo menos con la completa ausencia de su oposición.

Dhar esperó alguna reacción o gesto más de su hermana, pero se había vuelto una estatua en vida. Suspiró y se volvió al listillo.

—No pareces mal tipo, y algo tendrás si has sido capaz de venir a buscarnos sin saber si seguiríamos vivos... Y de estarlo, qué seríamos capaces de hacerte, viniendo de donde vienes. Sólo te diré una cosa: no regreses a tu hogar —y Dhar se volvió a la esfinge que era su hermana y asiéndola de una muñeca tiró de ella—. Vamos, ven conmigo, terminemos de una vez.

Y el listillo les oyó salir a paso apresurado, a sus espaldas, dejándole tal cual se quedó al terminar su discurso.

## El Final de la Historia

El listillo tardó menos en volver a su pueblo de lo que nunca se habría imaginado, e incluso se sorprendió de lo cerca que en realidad habían vivido siempre los exiliados hermanos. La columna de humo negro que se alzaba a lo lejos, más allá de la extensión del bosque, le guió en directa línea, y además estaba apurado por saber de la suerte de su gente y por si pudiera ver de nuevo a Drensil, esperanzado de que comprendiera que él a nadie había perjudicado y que no era su intención que nadie más sufriera nunca.

Había dejado el castillo sin dejar de sollozar, ignorando por completo la debacle causada sobre los árboles deformes por la lluvia de rocas que habían sido parte del techo del castillo de Dhar, esquivando con inusitado descuido los accidentes del improvisado camino, con una voluntad de desapego por la seguridad recientemente descubierta. Había tardado un buen rato en dejar de lagrimear y empezar a concentrarse en el esfuerzo de caminar, para cuando alcanzó el límite del bosque con su pueblo mejor se sentía respecto de su estado emocional y el físico.

Pero no le duró. Enseguida vio que Dhar y Drensil debían haber viajado rápido, de maneras mágicas, quién sabía si volando incluso, y que se habían despachado a gusto con el poblado. Lo que no ardía aún (era demencial estar viendo arder la piedra de las casas como si de leña seca se tratara) estaba en su lugar aplastado o desperdigado sobre el resto como si una mano o pie gigante lo hubiera lanzado por los aires de un furioso golpe. Al principio el listillo pensó que la gente debía haber huido, asustada, al no ver a nadie, pero al avanzar más entre el humo descubrió que lo que pisaba no era el barro pastoso del suelo de su pueblo: ¡era la gente!

Multitud de personas del pueblo parecían haberse derrumbado abriéndose por la mitad y extendiéndose por el suelo sobre su interior, como una suerte de alfombras acolchadas, con los lados opuestos de sus cuerpos desplegados como lo estarían las cubiertas de unos libros. Él estaba pisando en ese momento parte de la cara de una mujer y el lado derecho del abultado vientre de algún paisano. Se horrorizó, el listillo se horrorizó como nunca, e intentó echar a correr mientras prorrumpía en loco alarido de angustia y desamparo, incapaz de asimilar el horror, pero sus prisas le hicieron patear las pieles que resbalaban sobre su propia sangre y órganos, y cayó sobre los muertos, y al intentar incorporarse desesperadamente, sin cuidado, arrugaba hacia sí todas esas alfombras de cadáveres y vertía hacia él sus interioridades repugnantes. Gritó aún más fuerte, mientras saboreaba sin querer buena parte de los encharcados restos, que él mismo hacía salpicar. Y con sus gritos atrajo algo.

De entre los restos de las cabañas de piedra más próximas, una suerte de criaturas surgieron, ululando, tergiversando sílabas al azar de palabras conocidas, pataleando con las piernas saliendo de detrás de las orejas mientras arrastraban la lengua por el suelo al reptar sobre sus muñones sanguinolentos o con los brazos dislocados y torcidos, en la forma de articulaciones imposibles y asquerosas. Unos eran así, otros podían caminar mejor, pero sus caras estaban estiradas hacia atrás y tenían ojos y dientes colgando de la nuca, mientras las narices se sacudían asfixiadas a la altura de la garganta; o simplemente cualquier parte reconocible de una cabeza se había esfumado en otros, alguno simplemente rodaba mientras gemía ahogado como una pelota de carne velluda... Un disparate de cuerpos retorcidos y ávidos de sangre que se cernían sobre el listillo, y que

pese a todo su clamor, y por muy fuerte que gritó el nombre de su querida Drensil, en él se cebaron.

*Y desde el corazón del bosque, una criatura, un monstruo que una vez había amado y que entonces sólo odiaba, sintió una última satisfacción humana, contemplando cómo sus perdidos hijos habían vuelto y destruido a quienes la habían destruido a ella.*

*Fin*